

SAN BONIFACIO, MÁRTIR

Día 14 de mayo

P. Juan Croisset, S.J.

Hacia el fin del tercer siglo, en el imperio de Galerio Máximo, se admiró en la Iglesia una de aquellas extraordinarias conversiones que obra algunas veces la mano poderosa del Señor para animar la confianza de los pecadores, y para descubrir al mismo tiempo á los hombres los tesoros de su misericordia.

Había en Roma una dama joven, noble, rica y poderosa, llamada Aglae, hija de Acacio, que había sido procónsul y de familia senatoria, tan entregada al fausto y á la vanidad, que solía dar al pueblo juegos públicos, cuyos gastos costeaba ella misma. Era, á la verdad, cristiana, pero desacreditaba el nombre y la profesión con su desarreglada vida. Ocupada toda del espíritu del mundo, se entregaba totalmente á las diversiones hasta tocar la raya de la disolución, con grande escándalo de todos los fieles.

Tenía comercio ilícito con su mismo mayordomo, joven de bella disposición, pero dado al vino y á todos los demás desórdenes.

Llamábase Bonifació, y, aunque era también cristiano, lo era sólo de nombre, deshonorando la profesión, igualmente que su ama, por la disolución de sus costumbres. En medio de estos defectos se notaban en él buenas prendas: compasión de los miserables, caridad con los pobres y hospitalidad con los extranjeros.

Había mucho tiempo que traía una vida muy desordenada, cuando el Dios de las misericordias mudó su corazón con la conversión de la misma que le había pervertido. Movida Aglae de una poderosa gracia interior, abrió los ojos para conocer sus desórdenes, y, espantada con la vista del número y de la gravedad de sus pecados, despedazado el corazón de dolor, resolvió aplacar la ira de Dios con sus limosnas y con una pronta penitencia.

A la conversión de Aglae se siguió inmediatamente la de Bonifacio, y ambos repararon con ventajas el escándalo que habían dado á los fieles con la mudanza de su vida y con sus grandes ejemplos. Comenzó Aglae haciendo á Dios un generoso sacrificio de todas sus galas y sus joyas, prohibiéndose todo género de diversiones y se retiró para siempre de todas las concurrencias mundanas. A las antiguas diversiones ilícitas sucedió el ayuno, la oración, el cilicio y otras muchas penitencias; y, procurando rescatar sus pecados con sus limosnas, se sepultó en un profundo retiro, determinada á pasar lo restante de su vida entre gemidos y llantos. Por su parte, Bonifacio no omitía medio alguno para ser fiel á la gracia, dando cada día nuevas pruebas de la sinceridad de su conversión.

Noticiosa Aglae de que el emperador Galerio Máximo continuaba en el Oriente la persecución contra los cristianos, que había cesado en Roma después de algunos años, y que cada día sellaba la fe con su sangre algún generoso confesor de Jesucristo, llamó á Bonifacio y le dijo con lágrimas en los ojos: *Bien sabes la necesidad que tú y yo tenemos de solicitar la protección de los santos mártires, tan poderosa con el Señor. He oído decir que todos los que sirven á los santos que combaten por Jesucristo merecen que los mismos santos intercedan por ellos en el Tribunal del Supremo Juez; la persecución es*

cada día más, furiosa en el Oriente; todos los días se hacen nuevos mártires; ve, pues, y tráeme algunas reliquias; haz cuanto puedas para conducirme el cuerpo de algún mártir, que yo le recibiré con veneración y fabricaré en su honor un oratorio.

Muy gustoso Bonifacio con semejante comisión, dispuso un magnífico tren para partir á desempeñarla: tomó una gran cantidad de dinero, así para comprar los cuerpos de los mártires como para socorrer á los siervos de Dios que estaban en las cárceles, y para hacer cuantiosas limosnas á los pobres. Prevenidos, pues, doce caballos, tres literas y diversos aromas para embalsamar los santos cuerpos, partió para Cilicia. Al despedirse de su ama, la dijo como por chanza: *Señora, vos me enviáis á que os traiga el cuerpo de algún mártir; si Dios me hiciera la gracia de que diese mi vida por la fe, y os trajeran mi cuerpo, ¿le tendríais por reliquia?—Bonifacio, le respondió Hágale, la corona del martirio no se hizo para tan grandes pecadores; procura no desmerecer traerme el santo depósito que te encargo, y hacerte digno de la protección del santo cuyas reliquias me condujeres.*

Hicieron estas palabras grande impresión en nuestro Santo. Prohibióse la carne y el vino por todo el tiempo del viaje, y, juntando á esta abstinencia la continua oración que hacía á Dios y las dolorosas lágrimas de contrición que derramaba, se iba disponiendo para la corona del martirio.

Luego que llegó á Tarso de Cilicia, despachó al mesón el equipaje y los criados, y él se fue en busca de algunos cristianos de la ciudad para saber lo que en ella pasaba. Muy presto le informaron sus mismos ojos; porque, habiendo llegado á una gran plaza, vio en ella atormentar á los santos mártires, que eran en número de

veinte. Unos estaban colgados cabeza abajo, inmediatos á una hoguera encendida; otros extendidos en cuatro palos, y horriblemente despedazados; éstos descuartizados; aquéllos enclavados, aserrados, empalados, azotados, casi expirando á la violencia de los golpes, y tan cruelmente atormentados, que causaban horror á los circunstantes, aunque por la mayor parte eran paganos.

Encendido Bonifacio, á vista de este espectáculo, en un nuevo deseo del martirio, y animado de mayor aliento, lleno de confianza en la misericordia de aquel Señor que le daba tanto espíritu, rompe por la muchedumbre, se acerca á los santos mártires, les abraza, besa tiernamente sus heridas, y grita con esfuerzo fervoroso: *Grande es el Dios de los cristianos; poderoso es el Dios á quien adoran estos santos mártires, y por cuya gloria tienen la dicha de derramar su sangre. Siervos de Dios, héroes cristianos, yo os suplico que roguéis á Jesucristo por mí, y me consigáis la gracia, aunque soy tan grande pecador, de que tenga parte en vuestros combates y en nuestro triunfo.* Arrojándose después á los pies de los generosos confesores, besaba sus cadenas y, levantando la voz, los decía: *Buen ánimo, mártires de Jesucristo; combatid por Aquel que combate con vosotros; confundid á todo el Infierno con vuestra fe y con vuestra constancia; pocos momentos os restan que padecer, el combate es corto, el premio es inmenso, es eterno.*

El gobernador Simplicio, que estaba presente, habiendo advertido lo que pasaba, dio orden para que le trajesen á su tribunal, y le preguntó quién era y qué quería decir aquella especie de entusiasmo. «Yo soy cristiano, respondió Bonifacio con tono intrépido y firme, y tengo envidia á los bienaventurados mártires que logran la fortuna de derramar su sangre por un Dios que, hecho hombre para redimirnos, dio primero su sangre y

su vida por nosotros». Admirado el gobernador de aquella intrepidez, le preguntó: «¿Cómo te llamas?—Ya te lo he dicho, respondió el Santo: llamóme cristiano; pero, si quieres saber mi nombre vulgar, me llamo Bonifacio.—Muy osado eres, replicó el gobernador, pues me vienes á insultar al pie de mi tribunal y á vista de los suplicios. Ahí tienes un altar, para que aquellos de tu religión que quisieren librarse de ellos sacrifiquen á los dioses. Sacrifica tú al instante al gran Júpiter; porque, si no, voy á dar orden para que seas atormentado de mil maneras.—Puedes hacer de mí lo que quisieres, respondió el Santo, pues ya te he dicho repetidas veces que soy cristiano y no tengo de ofrecer sacrificio á los infames demonios».—Irritado furiosamente el gobernador con esta respuesta, le mandó apalear hasta que moliesen sus huesos; y, haciendo aguzar unas pequeñas estacas, ordenó que se las hincasen entre las uñas. Era el dolor vivo y agudo, pero el Santo le toleró con un semblante risueño. Juzgando Simplicio que le insultaba con aquella alegre serenidad, dio orden para que le echasen en la boca plomo derretido. Persuadido Bonifacio á que este tormento le quitaría el uso de la lengua, quiso prevenirle para consagrar á Dios el último ejercicio de ella y, levantando los ojos al Cielo, hizo esta devota oración:

Yo te doy gracias, Señor mío Jesucristo, porque te dignaste aceptar el sacrificio que te le hice de mi vida: ven, Señor, en socorro de tu siervo, perdónale todas sus maldades; sean purgadas con su sangre, y sírvame la muerte en lugar de penitencia. Fortifícame con tu gracia, y no permitas que me venzan los tormentos. Acabada ésta oración, se volvió á los otros mártires, y con voz alta les dijo: Yo os suplico, siervos de Jesucristo, que roguéis á Dios por mí. Todos los santos mártires se encomendaron también en sus oraciones. Enternecióse el pueblo á vista de este espectáculo, y Bonifacio comenzó á clamar á voz en grito: ¡Oh qué grande es el Dios de los cristianos/ No

hay otro Dios, el Dios de los mártires es el único Dios verdadero Jesucristo, Hijo de Dios, salvadnos; todos creemos en Vos; tened misericordia de nosotros. A este tiempo el pueblo echó por tierra el altar, y comenzó á arrojar piedras contra el gobernador, que se vio precisado á retirarse y á esconderse hasta que se apaciguase la sedición.

El Santo fue conducido á la cárcel, y el día siguiente, hallándole el juez tan firme y tan intrépido como el antecedente, mandó que le echasen en una caldera de pez y aceite hirviendo. Hizo el santo mártir la señal de la cruz sobre ella, y, reventando la caldera por todas partes, salieron torrentes de pez derretida que abrasaba á los circunstantes. Espantado el gobernador del poder de Jesucristo, mandó que le cortasen la cabeza. Así purgó Bonifacio las culpas de su vida pasada, derramando su sangre por Jesucristo. A su muerte, que sucedió el día 14 de Mayo, se siguió inmediatamente un gran temblor de tierra que atemorizó á los gentiles, y muchos se convirtieron.

En este tiempo, los compañeros y criados de Bonifacio, ignorantes de lo que había pasado, inquietos y cuidadosos viendo que después de dos días no había parecido en la posada, le andaban buscando por todas partes, y aun algunos se adelantaron á juzgar que estaría sin duda en alguna casa de juego, ó quizá en otra peor. Como andaban preguntando por un extranjero recién venido de Roma, de mediano talle, robusto, de pelo rubio y rizado, con una capa roja, encontraron con el hermano del carcelero, que por las señas les dijo era sin duda uno que habían preso por cristiano, y dos días antes le habían cortado la cabeza. — ¿No nos harás gusto de enseñarnos el cuerpo?, le dijeron ellos. — Y él respondió: No tenéis más que seguirme, pues en el arenal le hallaremos.

Apenas le reconocieron, cuando, llenos de admiración, de gozo y de arrepentimiento de los malos juicios que habían hecho, se arrojaron á sus pies, deshaciéndose en lágrimas. Entonces la cabeza del santo mártir, con un prodigio verdaderamente extraordinario, abrió los ojos, mirándolos á todos con una halagüeña sonrisa, y los llenó de compunción y de consuelo. Después de haber cumplido con su devoción, pidieron al oficial que los dejase llevar el santo cuerpo, y lo consiguieron mediante quinientos escudos de oro que le dieron por él. Embalsamáronle y envolviéronle en ricas y preciosas telas, y, metiéndole en una litera, tomaron la vuelta de Roma, no cesando de alabar á Dios por el dichoso fin del santo mártir.

A este tiempo, hallándose Aglae en oración, oyó una voz del Cielo que le dijo: *«El que antes era criado tuyo, ya es hermano nuestro; recíbele como á tu señor, y colócale dignamente, porque singularmente á su intercesión deberás que Dios te perdone tus pecado»*. Levantóse prontamente, y, saltando su corazón de alegría, rindió mil gracias á Dios por la misericordia que había hecho con su siervo. Rogó á algunos clérigos que la acompañasen, y salió á recibirlas santas reliquias, cantando devotas oraciones por el camino, todos con velas en las manos y con prevención de aromas. Apenas habían andado un cuarto de legua, cuando llegó el cuerpo del santo mártir. No se puede explicar la veneración y las lágrimas de gozo con que fue recibido. Enterráronle en un terreno que era posesión de Aglae, y allí mismo hizo ésta levantar un magnífico sepulcro, y algunos años después mandó fabricar un oratorio. Renunció enteramente al mundo, repartió sus bienes entre los pobres, dio libertad á sus esclavos y, no teniendo consigo más que algunas doncellas que la servían, dispuso que la hiciesen una ermita junto á la capilla del santo mártir, donde vivió todavía trece años entregada á los más ejemplares

ejercicios de la devoción, y murió santamente, declarando el Señor la santidad de su sierva con muchos milagros.

SAN PACOMIO, ABAD Y CONFESOR

Hacia el año 298 de Jesucristo nació, de padres gentiles, el grande abad San Pacomio. En su juventud aprendió las ciencias antiguas; y cuando Constantino levantó un nuevo ejército para combatir contra Aquiles, fue incluido en la leva, y partió á la guerra. Al primer pueblo que llegó Pacomio con el ejército se sintió admirablemente sorprendido por la grandeza del Cristianismo; pues, como eran cristianos los habitantes, les recibieron con agasajos y cariñosas demostraciones, y el joven Pacomio preguntó de dónde nacía tal fraternidad; y habiéndole contestado que la religión de Jesucristo era una religión de amor, sintió desde aquel momento grandes deseos de conocer el Evangelio, y pidió ser instruido en sus preceptos. Concluida la guerra, fue bautizado Pacomio, y lleno de instrucción y piedad se retiró á un desierto, en el que se encontró á San Palemón, que, prendado de su santidad, le recibió en su compañía. El cristiano Pacomio desplegó tan sublimes virtudes en el desierto, que muy pronto llegó á la perfección de su maestro San Palemón, empleándose sin tregua en vigiliass, oraciones, penitencias y trabajos. A los tres años fundó San Pacomio, á orillas del Nilo, un célebre monasterio, llamado de Tabena, por el sitio que ocupaba. Vivieron solos algún tiempo, y, muerto San Palemón, quedó solo Pacomio, hasta que vino á acompañarle Juan, hermano de Palemón. Vivían orando y trabajando en hilar y hacer sacos que vendían para socorrer á los pobres, y vestían una túnica grosera, que sólo se quitaban para lavarla. Jamás se desnudó San Pacomio de un áspero cilicio, no se acostó en quince años, dormía sentado en una piedra, y oraba siempre con

los brazos en cruz. Las ordenanzas de San Pacomio disponían que los monjes trabajasen y ayunasen según sus fuerzas, que hubiese tres en cada celda, que sólo hubiese un refectorio y una cocina, que el silencio fuese perpetuo, que durante la comida todos calasen el capucho, que gastasen túnica de lino ceñida con una correa, que los novicios no fuesen admitidos hasta pasados tres años de pruebas. Mandaban que se hiciese oración dos veces á la mañana, dos por la tarde y dos por la noche, y otras varias disposiciones encaminadas a la perfección de la vida monástica. Los primeros discípulos de San Pacomio fueron Psentheso, Obris y Suris, á los que siguieron tantos y tantos, que hubo que edificar nuevas y numerosas celdas, pues el monasterio era pequeño para tanta afluencia. La santidad de Pacomio atraía á todos, era el verdadero fundador de la vida ascética, y su fervor y su virtud eran las de un ángel del Señor.

San Pacomio, á pesar de ser fundador y jefe del monasterio, servía todos los días á la mesa, barría las celdas y era el más humilde de todos. Predicó por los pueblos comarcanos el Evangelio, y bautizó á grande número de paganos que su virtud convirtiera. Por orden de San Pacomio fundó una hermana Suya un monasterio, y bajo reglas dictadas por él vivieron en la santidad grande número de mujeres, á quienes estableció de la otra parte del Nilo. Tan grande era la santidad de Pacomio, que el Señor, complacido, le otorgó el don de obrar prodigios, y la fama de San Pacomio voló por todo el Oriente, y de todas partes vinieron monjes, y fue preciso fundar nuevos monasterios que San Pacomio visitaba todos los años. Los herejes, envidiosos del grande saber y virtud de San Pacomio, propalaron calumnias contra él, por cuyo motivo se reunieron algunos obispos en Latopla para juzgarle el año 346. San Pacomio se presentó lleno de profunda humildad, y, como era la virtud suma, fue reverenciado por todos los obispos, que

sólo vieron en él un grande y perfecto Santo. Vuelto á su monasterio, y extenuado de años, vigiliás, trabajos y penitencias, cayó enfermo, y dos días antes de morir reunió á sus monjes, les dio instrucciones, les exhortó al fervor y la virtud y les encargó que jamás tuviesen comunicación con los sectarios de Arrio ni Melecio. Les propuso por sucesor suyo á Petronio, y después de recibir los santos sacramentos con fervor sumo, bendiciendo al Señor y respirando la calma del justo, descansó santamente en el Señor en el día 9 de Mayo del año 348, á los sesenta de edad, habiendo pasado treinta y cinco de ellos en el monasterio de Tabena. Su cuerpo fue enterrado con grande solemnidad.

La Misa es en honra de San Bonifacio, y la oración la que sigue:

Concédenos i oh Dios omnipotente! que los que celebramos la festividad de tu bienaventurado mártir Bonifacio, seamos ayudados con su intercesión. Por Nuestro Señor Jesucristo...

La Epístola es del cap. 5 del libro de la Sabiduría, y la misma del día 4.

REFLEXIONES

¡Qué necios fuimos! ¡Qué insensatos!, dicen á la hora de la muerte los mundanos, los disolutos, los carnales, los impíos. Esto se llama conocer muy tarde sus descaminos; y ¿de qué servirá entonces ese conocimiento? ¿Qué efectos produce esa confesión? Turbaciones, arrepentimientos punzantes, pero estériles; un despecho que dista poco de la rabia, y una desesperación que es seguida de una infelicidad eterna. El que voluntariamente se quiso mantener en la ilusión y en el error, el que quiso ser insensato en vida, se hace

prudente y discreto á la hora de la muerte; pero discreción muda, sin actividad; discreción puramente especulativa, que llega ya muy tarde; discreción que descubre el error sin curarle, porque ya no es tiempo. Esta discreción también la tienen los demonios y los condenados en el Infierno, ni más ni menos como tienen aquella fe que los espanta, que los descubre su brutalidad, que los hace estremecer, pero no los convierte.

Verdaderamente causa grande compasión ver aquella fiera, aquella intrépida seguridad, y aun aquella complacencia con que los hombres se descaminan. A poco que la voluntad y la razón estén de acuerdo en algún punto, ya no se admite ni la más leve sospecha de error. La mayor ilusión se juzga por la más constante verdad, y aun muchas veces por primer principio, en la filosofía del mundo. De aquí nace aquella licencia de costumbres, á la verdad civilizada ya, y como cultivada, pero licencia cuya corrupción causa tanto mayor estrago cuanto parece menor su disonancia, no causando espanto ni aun novedad.

No se habla ahora de aquellos groseros desórdenes, de aquellas disoluciones, que siempre se miran con horror, que condenan todos los hombres de bien; hablase de aquellos vicios domesticados, de aquellas pasiones connaturalizadas, que el amor propio ha encontrado modo de hacer que reinen pacíficamente aun entre gentes que hacen profesión de devotas. La pasión dominante y el vicio favorecido de cada uno logran de ordinario esta suerte. Que fatigue, que atormente, que consuma el cuerpo y que desgaste el espíritu, no se la inquieta; como su dominación es tan dulce, siempre es tranquila; se excusan, y aun se autorizan, hasta sus mismos excesos. Nada espanta más que los sistemas de bondad, de honradez y aun de virtud, que cada uno se

forja á favor de la ilusión. Siempre codiciosos de bienes; siempre más y más afanados por acumularlos; siempre esclavos de una insaciable avaricia, todo se sacrifica al interés: quietud, amigos, conciencia, á este ídolo se ha de ofrecer, se ha de inmolar todo. Una vez muda la conciencia, ni aun se advierte el peligro de que se vive con error. Luego que se vio Sansón esclavo, perdió la fuerza y los ojos; imagen viva de nuestras ilusiones: *Nos insensati*. ¿A qué cosa llamaremos locura, si no lo es la falsa seguridad de muchísimas personas? A la hora de la muerte se desvanecen todas las ilusiones; entonces se ve, se piensa, se discurre con acierto; mas ¿para qué? Para inferir que todo se ha perdido: *Ergo erravimus*. Sinceridad llena de desesperación. [N.B. Dios siempre perdona al pecador que hace el acto de contrición perfecta, aunque sea en el último momento de la vida, pero no perdona al pecador que muere en impenitencia final, pecando contra el Espíritu Santo. El peligro para el pecador que vive en pecado grave es de endurecer su corazón y morir en impenitencia final].

El Evangelio es del cap. 15 de San Juan, y el mismo que el dia 7.

MEDITACIÓN

De la vida estéril en buenas obras.

PUNTO PRIMERO.—Considera cuánto ha hecho Dios por nuestra salvación; cuánto ha trabajado hasta ahora para que diésemos fruto; con qué bondad nos ha estrechado, solicitado y ofrecido mil medios para santificarnos.

Trae á la memoria aquella parábola, por una parte tan instructiva, y por otra tan eficaz, de que se valió el Salvador cuando dijo que, habiendo venido el Padre de

familias á recoger el fruto de una higuera que había plantado en una viña, y hallando que ninguno había dado, dijo al cachicán: Ya ves que ha tres años que vengo á buscar el fruto de esta higuera, y en todos tres no ha dado fruto alguno; córtala, pues, que no es razón ocupe inútilmente la tierra. El cachicán le respondió: Señor, tened á bien que se mantenga un año más; yo la cultivaré, y, si el fruto no respondiere á mi cultivo, entonces se podrá cortar.

Estábamos plantados en el campo del mundo como árboles estériles, desecados y carcomidos con el pecado original. Trasplantónos Dios, por decirlo así, al campo fértil de su Iglesia, por un efecto particular de su misericordia, prefiriéndonos á tantos otros, ó, por gracia aun mucho más especial, nos trasplantó al campo de la religión, si tenemos la dicha de haber abrazado el estado religioso.

¿Hemos hecho alguna vez digna reflexión sobre la ventaja que logramos en haber sido trasplantados á una tierra tan santa, tan cultivada con los trabajos, y tan regada con el sudor y con la sangre de un Hombre-Dios? Esta es aquella tierra que en todos tiempos ha producido aquellos ilustres héroes del Cristianismo, y que todos los días está produciendo tan grandes santos de todas edades, de todos sexos y de toda suerte de estados. Esas grandes almas, con la misma cultura, esto es, con los mismos auxilios que nosotros logramos, dieron y están dando cada día frutos dignos de la vida eterna.

¡Dios mío, qué manantial éste de reflexiones, de arrepentimiento, y acaso también de justo sobresalto, considerando mis ingraticudes, mi cobardía y mis infidelidades pasadas! Y ¡qué deberé yo esperar si no producen otro fruto estas reflexiones!

PUNTO SEGUNDO.—Considera que no hemos recibido de Dios solamente los beneficios ordinarios y comunes. Cada uno encuentra dentro de sí mismo grandes motivos para confundirse á vista de las singulares misericordias del Señor y de su propia ingratitude. Traigamos á la memoria todos los particulares esmeros con que Dios ha procurado cultivarnos, para empeñarnos en rendir abundantes frutos.

¡Qué providencia más amorosa desde la misma cuna! ¡Qué serié más continuada de auxilios y de medios poderosos por todo el curso de nuestra vida! ¡Cuántos buenos pensamientos, cuántas nobles ilustraciones desde que amaneció en nosotros el uso de la razón! ¿Podremos contar el número de todas las gracias que Dios nos ha dispensado desde que estamos en el mundo? ¡Cuántas veces nos ha sustentado con el pan de los ángeles; esto es, con su propia carne y con su preciosa sangre! ¡Cuántas nos habló en lo interior del corazón con secretas inspiraciones!

Ciertamente no eran menester tantos medios para hacer un santo de primera magnitud. Y ¿cuántos Santos habrá en el Cielo que no tuvieron tantos? Con todo eso, dieron copiosos frutos de santidad; aprovecharon bien sus talentos, y su vida fue fértil en buenas obras. ¡ Cuánto debe confundir á los cristianos cobardes y á los religiosos tibios el ejemplo solo de San Bonifacio!

Considera seriamente y sin lisonjarte si, habiendo recibido los mismos auxilios que estos Santos, ha sido tu vida fecunda en buenas obras como la suya.

¡ Oh, Dios mío, y cuánta verdad es que yo soy aquel sarmiento que solamente sirve para ser arrojado en el fuego! ¡ Qué misericordia , qué bondad la de haberme sufrido tanto tiempo! ¡ Oh, y qué sensible impresión hace

en mí vuestra paciencia! No os canséis, Señor, de esperarme ni de asistirme con vuestra gracia; desde este punto me rindo, y, mediante Vos, ninguna cosa será capaz de hacer abortar mi conversión.

JACULATORIAS

¡Qué tiempo más oportuno, Señor, para producir frutos y dejar de ser estéril, que este tiempo en que tan mal se observan vuestros mandamientos!—Ps. 118.

Bendito seáis, Señor, por haberme sufrido tanto tiempo. Ahora sólo deseo que me deis á entender vuestra voluntad, y os suplico me concedáis gracia para obedecerla.—Ibid.

PROPÓSITOS

1. ¿Qué importa que la cepa esté arraigada por medio, de la fe? Todo vástago infructuoso se corta y se echa á tierra. (Joan., 15.) Es preciso producir más que flores y hojas; no basta esto, es menester que hasta los mismos frutos vengan en sazón. Tiénese la fe; pero la fe sin obras ¿de qué sirve? Estas son las que se llaman frutos. ¿Has negociado al doble con los talentos que has recibido? ¿Has llevado frutos dignos de penitencia? ¿Son tus días verdaderamente llenos? Has sido prevenido con mil bendiciones, te ha socorrido Dios con grandes auxilios, has recibido de su liberalidad singulares gracias: ¿qué fruto ha producido todo esto? ¿Qué reforma de costumbres? ¿Qué aumento de fervor? ¿Qué ternura de devoción? Acuérdate qué fue castigado aquel siervo que no negoció con el talento, sin valerle el haberle conservado intacto. Una vida infructuosa é inútil siempre es digna de reprensión.

2. Hay frutos de diferentes especies, ó hay varias

calidades de frutos. Unos siempre están verdes, y jamás maduran; otros son ásperos y de gusto desabrido; otros están roídos ó carcomidos, y algunos hay que no tienen más que un lindo color, una bella apariencia. Ten presente que las obras de mayor edificación se corrompen muchas veces por un motivo bastardo. El secreto orgullo suele ser un gusano que roe la mayor parte de las buenas obras. Son ingeniosas las pasiones, y saben disfrazarse con mucho arte. Suélese tener por celo lo que muchas veces no es más que viveza ó vivacidad de genio, ó una actividad natural en que tiene mucha parte la vanidad, aunque parezca servirle de motivo la mayor gloria de Dios y el deseo de la salvación de las almas. Es menester que nuestros frutos sean de sazón para estar maduros; quiero decir, que las virtudes que practicamos sean propias de nuestro estado. Una mujer casada y madre de familia, que todo el día quisiera estarse en la iglesia, desagradaría mucho á Dios, al mismo tiempo que le agrada mucho una religiosa que pasa en ella la mayor parte de la vida. Considera bien de qué calidad son las buenas obras que practicas, cuáles los motivos y cuáles los frutos, no sea que tus devociones te hagan más enfadoso y más intratable. Personas hay que nunca se muestran de peor humor que cuando han estado largas horas en la iglesia. Y icuántas hay que sólo trabajan por bien parecer al mundo! Su vida es laboriosa, pero infructuosa para la eternidad. ¿Eres tú de este carácter?